

## CARTA XXXV.

## EL FILÓSOFO A TEODORO.

**T**EODORO mio: ¡qué alegría, qué consuelo, qué felicidad! Dios derrama á manos llenas sobre mí sus misericordias. Apenas remití al correo mi última carta cuando un criado con paso presuroso vino á avisarme que Mariano había llegado, y que iba á entrar. ¡Mariano! grito yo, ¡Mariano! Apenas podía creer á mis propios oídos, y sin detenerme corro precipitado á recibirle.

Discurre, amigo, cuál sería el movimiento de mi corazón cuando le ví en la antesala. El gozo me trasportó de modo, que me quitó la voz para poderle hablar. Mis brazos fueron mas veloces que mi lengua, y arrojándome entre los suyos, estreché con el corazón á este amigo tan deseado, á este amigo que me envia el cielo y que recibo de su mano. El hervor de mi sangre era tan impetuoso, que no hubiera podido sostener su violencia, si la naturaleza no me hubiera socorrido desahogándome con un diluvio de lágrimas. Sí, Teodoro, yo inundaba con mi llanto las venerables mejillas de este amigo de Dios, que va á serlo mio. Su alma sensi-



*Mis brazos fueron mas veloces que mi lengua,  
y arrojandome entre los suyos, estreché con el  
Corazon á este amigo tan deseado.*

ble se enterneció tambien viendo la expresion de mi alborozada gratitud, y experimenté un placer indecible cuando sentí caian sobre mi rostro algunas gotas de sus llorosos ojos.

Largo tiempo duró esta comunicacion recíproca de afectos y caricias, y hubiera durado mas, si no hubiera conocido que Mariano se desprendia de mí, pero fué para abrazar á mis dos hijos, que viéndome correr alborozado, vinieron tras mí, y estaban ya colgados de Mariano. Las amables criaturas viéndonos llorar, lloraban tambien, y al mismo tiempo reian. Mariano los besó y abrazó muchas veces, y despues de haber dado gran tiempo al desahogo de nuestros tumultuosos sentimientos, procuramos sosegarnos y entramos en la sala.

Entónces dije yo á Mariano: ¡Por qué, amigo, no me has avisado de tu venida? yo esperaba que Teodoro me escribiera. ¡Por qué no me ha escrito? ¡Cómo, Mariano! Yo que te aguardaba con tanta ansia; yo que temblaba todos los dias pensando en tu respuesta; yo que temia tanto que no querrias abandonar tu modo de vivir, y que me hallarias indigno de tus buenos oficios y amistad, yo me hallo tan dulcemente sorprendido; tú vienes de repente á anegarme en un torrente de felicidad. Amigo, ¿no has temido que tanta dicha tan impensada y repentina pudiese sofocar mi corazon? ¡Por qué no prevenirme? ¡por qué no haberme preparado? Yo creo.... ¡Ay! ¡á qué vienes? ¡cuál es tu intencion?

¿Vienes á hacer lo que Teodoro te habrá pedido en mi nombre! Que Dios mueva tu corazón, y que vengas para cerrarme los ojos, y recibir el don que te hago de mis hijos.

Yo le dije todo esto con tanta vehemencia, y mis palabras salían tan atropelladas, que Mariano no podía ni interrumpirme ni responderme; pero viendo que había acabado, con ademan de inquietud me dijo: Sosiégate, amigo: yo vengo para siempre; yo vengo á vivir y morir contigo; yo vengo á ser el ayo de tus hijos; á que juntos amemos y sirvamos á Dios, y á que vivamos debajo de sus paternales alas, aguardando el día de la santa esperanza. Amigo, que el cielo proteja á los que va á cubrir este techo, y que fiados en su auxilio van á unirse con el lazo de la divina caridad! que su bondad los una de manera, que ni aun la muerte pueda separarlos!

Imagina, si puedes, querido Teodoro, cuál sería mi gozo cuando le oí pronunciar este discurso. El llanto volvió á desatarse de mis ojos. Corrí á mis hijos, y trayéndolos á los piés de Mariano, los hice poner de rodillas, diciéndoles, que le reconociesen por su padre, que yo le cedía toda la autoridad y todos los derechos que la naturaleza me daba sobre ellos, que le besasen la mano en señal de la obediencia que le prometían, y que todos los días por la mañana repitiesen esta señal de respeto como una renovacion de su promesa. Mis hijos lo hi-

cieron con alborozo y prontitud; pero tambien deritiéndose en llanto, y aquí empezó una nueva escena de ternura afectuosa que es imposible describir.

Aunque parecia que nuestra sensibilidad no podía ser mas viva, ni crecer en aquel momento delicioso, el buen natural de Felix redobló la mia; porque al mismo tiempo que por mi órden besaba la mano de Mariano, volviéndose á mí, me dijo: Pues que vos me lo mandais, yo le prometo obediencia, y le reconozco tambien por padre, pero que sea el segundo. Me parece que yo puedo tener dos padres, y no quiero que vos dejéis de serlo mio. Sí, hijo mio, le respondí yo estrechándole contra mi pecho; el cielo me hizo un don muy precioso dándome un hijo de tan buen natural. No: jamas, jamas me separaré de tí, ni dejaré de serlo. Los dos serémos tus padres, y Mariano lo será de los tres.

Despues que nos sosegamos, Mariano dijo: Un amigo que se llama D. Antonio, y que me ha conducido en su coche, está fuera, permíteme que salga y te le presente. Corrí con él á recibirle, y encontramos en la antesala un hombre, que me pareció modesto y de agradable fisonomía. Le pedí perdón de haberle hecho esperar tanto tiempo, acusando á Mariano de no haberme avisado ántes, y le hice entrar con todas las atenciones debidas.

El, nos dijo, que pensaba en continuar su viaje aquella tarde. Le rogamos se quedase algunos días

con nosotros. El se excusaba diciendo que el objeto de su viaje era ir á América á desempeñar una comision del gobierno, y que temia no alcanzar al navio; pero á fuerza de instancias conseguimos se quedase tres dias, en cuyo tiempo me pareció un sujeto muy instruido y de carácter excelente. Yo le di á Ambrosio para que le acompañase, y le hiciese ver lo poco que habia en el pueblo, y al cabo de tres dias partió, despues de haberse lamentado de la miseria de este lugar, como de la de casi todos los que veia en el camino.

Peró el dia que llegó, y poco despues de su entrada, Mariano que deseaba hablarme á solas, me hizo seña de que hiciese salir á mis hijos. Mandé á un criado que los llevase al jardin, y Mariano pidió á D. Antonio que los acompañase. Cuando nos vimos solos, me dijo: Amigo, puedo darte otra noticia que te alegrará incomparablemente mas. Teodoro está desengañado, convertido, y con un ánimo resuelto de consagrarse á Dios enteramente. ¡Qué me dices, amigo! dije yo. ¡Dios le ha tocado el corazon! Sí, me respondió, y tú has sido el instrumento.

¡Misericordias de Dios! volví á exclamar, ¡con qué abundancia llenais de vuestros favores á un indigno! Querido Teodoro, jamas podré explicarte ni definir yo mismo la especie de placer que derramaron en mi alma estas palabras sobrenaturales y divinas. Allí senti lo que nunca habia sentido, y lo

que me parece no es posible sentir en la tierra. Yo me figuro que esta será la especie de placeres y delicias con que Dios forma la bienaventuranza de sus escogidos; parecidos á estos serán los gozos con que embriaga á sus amigos.

Yo quedé tan fuera de mí, que sin saber lo que hacia, me puse de rodillas sin poder articular otras palabras que ¡Dios mio! ¡Dios bueno! ¡Dios misericordioso! pero entre tanto que mis labios maquinalmente las repetian, mi espíritu corria toda la extension de los innumerables y multiplicados beneficios con que la Providencia me favorecia. ¡Cuántas y cuán diferentes ideas me pasaron por la imaginacion! En primer lugar ví como representado en una miniatura el horrible conjunto de nuestra conducta desastrada, los errores de nuestro espíritu, los extravíos de nuestro corrompido corazon, y la infinita multitud de delitos que han manchado nuestra vida estragada.

El espantoso aspecto de este cuadro me hizo estremecer de horror; pero al instante y con la misma rapidez se me presentaron, como en un espejo, todos los prodigios de la divina misericordia, los sucesos que una Providencia paternal habia preparado para mi conversion; mi viaje al convento, el encuentro de mi ángel tutelar, y mi confesion y comunion; la convalecencia del extrangero, la resurreccion de Manuel, la conversion de Simon; y ahora la tuya, Teodoro mio, la tuya, que desde el ins-

tante que Dios se dignó de abrirme los ojos, se la he pedido todos los días con la mayor instancia. Todo esto junto me producía una multitud de sentimientos tan vivos y violentos, que no podía soportarlos mi débil corazón. No sabía, ni podía más que repetir: ¡Dios mío! ¡Dios adorable y eterno! ¡qué grande eres! ¡qué bueno! ¡qué misericordioso!

Yo me sentía desfallecer, y Mariano sin duda lo entendió, pues levantándose por los brazos, me hizo sentar. Entonces empecé á preguntarle el cómo y el cuándo de tu conversión, y atropellaba mis preguntas de tal modo, que le hacía la segunda sin esperar la respuesta de la primera. Mariano viendo el desorden de mis connoiciones, me exhortó al sosiego, prometiéndome que me lo contaría todo. Yo procuré reprimir los fuegos de mi vivacidad, y él me dijo:

Ya sabes que yo frecuentaba poco vuestra sociedad, y que aunque muchos de los que la componían eran mis parientes ó condiscípulos, y que nos habíamos criado juntos, vuestra vida profana y la disolución de vuestras costumbres me había alejado de vuestra intimidad, y que no os buscaba sino cuando el acaso ó la urbanidad de las atenciones lo exigía. Había pues mucho tiempo que no había visto ni sabido de ninguno, cuando un día me hallé con un papel de Teodoro en que me decía: Yo estoy de cuartel, y no puedo salir de palacio ni pasar á verte; pero como tengo un negocio de gran

de importancia que tratar contigo, te pido que me vengas á ver. Causóme mucha extrañeza que Teodoro, que nunca había tenido conmigo negocios, los tuviese ahora. Su género de vida no podía acomodarse con la mía; pero como debemos estar prontos á todo, y para cuanto podamos ser útiles, le respondí que iría.

Sentí mucho ir á buscarle á palacio, porque este lugar me era desconocido, y me costó mucho trabajo y tiempo para encontrar su cuarto. Como tampoco sabía las horas, llegué precisamente en el momento en que debía salir á hacer su deber. A pesar de esto me hizo entrar en un gabinete, y haciéndome conocer que no podía detenerse, me pidió que le esperase, porque no tardaría en volver. Yo consentí, y él se fué. Pero amigo, ¡qué diferencia advertí en su tono y figura! ¡qué distinto me pareció de lo que había sido! Me quedé sorprendido al ver una transformación tan entera.

Ya conoces aquella cabeza tan erguida, aquel aire tan altivo y soberbio, aquel tono de satisfacción y suficiencia, aquel estilo de pretension y superioridad, aquellos ademanes de gracia y ligereza, y en fin, aquella desenvoltura y despejo con que se distinguía entre los mismos cortesanos; pues bien, amigo, todo esto había desaparecido. Me pareció serio, modesto, con un aire simple y descuidado, y con un semblante lánguido y pensativo; en fin, tan diferente de sí mismo, que apenas daba crédito á mis ojos.

Lo que mas me sorprendió fué su language; pues nunca me habia hablado sino con aquel tono de burla irónica, con que los presumidos solapan el desprecio con la chanza. Sin duda que como yo no profesaba su ilustrada filosofia, me miraba con lástima, me consideraba un pobre hombre de genio corto, que estaba alucinado con las ideas de la Religion, y cuando las circunstancias nos hacian encontrar, apénas se digaaba de hablarme, ó si me hablaba, era muy de paso, con mucha ligereza, y disfrazando el bajo concepto que tenia de mí, con las gracias del chiste ó del sarcasmo.

Por aquella vez me habló muy atento y comedido. Le observé un aire de tanta urbanidad y cortesía, que no pude dejar de extrañarlo. Atribuí tanta mudanza á que tendria algún cuidado grave, y pensé que quizás me llamaba porque podría serle útil: con este pensamiento me dispuse á servirle con todo mi esfuerzo. Para divertir el tiempo mientras volvía, despues de haberme calentado á la chimenea, me puse á reconocer y ojear los libros que tenia, y cuando volvió, me halló en esta ocupacion.

Tenia yo en la mano un libro a que acababa de tomar, y que no habia visto todavía. Lo primero que me dice es: ¿Qué libro es ese? Yo le reconocí, y le digo, es un Voltaire. Le arranca con violencia de mis manos, y echándole en el fuego, dice: ¡Infeliz! ¿cuánto daño has causado! Yo quedé confundido oyéndole este discurso, y él conociendo

mi sorpresa, continúa diciendo: ¡Tú te espantas, Mariano, de oirme hablar así? No lo extraño: es muy natural, y lo merezco; pero ¡si supieras lo que pasa! si supieras. . . . pero es menester que lo sepas.

Amigo, yo estaba ciego, yo era insensato; yo creia saberlo todo, y era un necio. ¡Cuánto hay que saber que no sabia! ¡cuánto he visto, cuánto he aprendido en pocos dias! ¡Con qué acasos, con qué sucesos prodigiosos, con qué circunstancias extraordinarias se ha dignado la Providencia de abrirme los ojos! Era menester todo este cúmulo de accidentes, y el modo particular con que los ha dirigido el cielo, para que yo leyese lo que he leído, para que me pudiese desengañar, y que mi ceguada antigua y obstinada llegase á ver la luz.

Yo estaba confuso sin saber qué concepto formar de este discurso; pero él me preguntó: ¿Sabes de Manuel? Sí, le dije: me han dicho que murió en un coche de repente. No, me respondió; así se habia creído, pero todavía vive. Despues me volvió á preguntar si sabia de tí. Le respondí que no. Y él me replicó: Pues sabe que ha pasado largo tiempo en un convento; que allí ha hecho una confession general; que hoy está en uno de sus lugares con el ánimo de vivir una vida cristiana, y con el deseo de reparar sus escándalos pasados.

Amigo, no podrás concebir el efecto que me hicieron estas pocas palabras. La alegría y la sorpresa se disputaban la preferencia, ¡Qué! le dije,

¿Dios ha tenido piedad y ha convertido ese ánimo rebelde que parecía todo endurecido? Teodoro me lo volvió á asegurar, y yo no me pude contener. Me puse de rodillas, y cubierto de llanto levanté las manos al cielo, exclamando lleno de alborozo: ¡Bendito sea el Dios de las misericordias infinitas! Observé al levantarme, que Teodoro tenia los ojos húmedos y el semblante enternecido. Esto empezó á darme una idea de la verdad.

Yo le pedí que me explicase, ¿cómo ó por qué medios habia hecho Dios este milagro? El me respondió: No, no te diré nada: si quieres saberlo, lee las cartas que me ha escrito: y te prevengo, que no solo me encarga que te las haga leer, sino que entre ellas hay una destinada positivamente para tí. Yo le pedí que me la diera para leerla; pero me respondió: No, no la verás sino á su tiempo. Yo haré contigo lo que él ha hecho conmigo. El no ha querido que yo le respondiera hasta que él me avisara, porque decia, que deseaba que yo estuviera instruido de todo ántes de que le respondiese. ¡Y qué bien que hizo! ¡qué cuerda fué esta prevencion! ¡cuántas necedades y blasfemias me ha cortado!

Lo mismo haré contigo; no quiero que sepas nada sino del modo que yo lo he sabido todo. Aquí tengo juntas todas sus cartas, que forman ya un volumen abultado; deseo que las leas por su orden, y deseo leerlas contigo. No es porque yo no las ha-

ya leído muchas veces; pero quiero volver á leerlas en tu compañía. Hazme pues el gusto de que las leamos juntos, y no me preguntes nada porque ellas te instruirán mejor que yo. Le respondí que estaba dispuesto á hacer lo que me decia, y él me añadió: Pues siendo así, empecemos hoy. Yo tengo las noches libres, y puedo pasarlas contigo sin que nadie se cuide de ello. Dias ha que las paso solo, y no me ocupo mas que en leer y volver á leer estas cartas. Las gentes que estaba acostumbrado á ver, se han sorprendido, y no me han faltado algunas quejas. Yo las he despreciado, y he dado por pretexto una indisposicion: con esto ya no vienen; podrémos leerlas sin ser interrumpidos. Tú vendrás luego que anochezca, y toda la noche será nuestra.

Pero tus mismos criados, le repliqué yo, extrañarán de verme venir y encerrarme contigo todas las noches; podrán imaginar que tratamos alguna intriga ó enredo. Tienes razon, me dijo; pero eso tiene fácil remedio. Ven, y levantándose me mostró una pequeña puerta falsa, por donde se podia entrar y salir sin ser visto de nadie. Tambien me enseñó todas las entradas y salidas para que conociera los caminos, y dándome la llave, me dijo: Ve aquí con la que podrás abrir. Desde que llegues, no te detengas; abre y entra. Yo te esperaré, pero si acaso no me encuentras, espérame tú. Esa llave que ha servido tan veces á execrables

delitos, sirva una vez á proyectos de virtud. Convenidos así en lo que debiamos hacer, volví la misma noche, y apenas nos saludamos brevemente, cuando Teodoro sacó de una papelería todas sus cartas, y me dió la primera, pidiéndome que la leyera en voz alta. Referirte por menor todo lo que pasó en nuestra lectura, seria imposible: solo puedo decirte en general, que jamas se ha leído con mas atencion, ni escuchado con mas vivo interes.

Cuando me parecia oportuno, yo no dejaba de hacer mis reflexiones; pero era Teodoro el que mas abundaba en ellas. Yo le observaba lleno y empaquetado de cuanto las cartas contenian: así conocí fácilmente que las habia leído muchas veces y con mucha atencion. Pero como sus interrupciones y apóstrofes se multiplicaban tanto, la lectura se prolongó mucho, y nos fué preciso emplear un gran número de noches para concluir la. Yo no soy capaz de referirte individualmente todo lo que pasó: el tiempo y la memoria me faltan para ello; pero para que formes una idea, te contaré alguna de las circunstancias mas notables.

Cuando leiamos algunas de tus conversaciones con tu director sobre *Voltaire*, *Rousseau* y los otros filósofos del dia, que con tanto empeño se han dedicado á desacreditar la Religion; sí, exclamaba Teodoro con ardor, sí: esos son monstruos perversos, furias que se han escapado del infierno para

corromper al mundo. ¡Qué daño han hecho! ¡Desdichado el incauto que los lee sin estar ántes bien instruido! ¡Desdichadas las gentes tan ciegas que los estiman! Presto perderán su Religion y sus costumbres, y con ellas la paz y la tranquilidad. La juventud débil y propensa á escuchar con agrado lo que lisonjea sus pasiones, los leerá con ansia, los creará sin exámen sobre su palabra, y se abandonará sin temor á la licencia. Pestes públicas que me han corrompido, como otros muchos, y que son capaces de corromper al universo, si no se instruye mas á los pueblos de la verdad de nuestra Religion.

Otras veces en ocasion oportuna decia: Sí: todos esos grandes filósofos que han pervertido los pueblos con sus pérfidos escritos, no eran mas que hombres orgullosos. Por vanidad, por distinguirse y adquirir una gloria infeliz, publicaban opiniones nuevas y atrevidas; y como estas abrian las puertas á la relajacion, las recibian los incautos con placer. Esta vana y miserable gloria era el primer impulso que animaba su insolente pluma; y la triste celebridad que por su desgracia encontraban en la humana corrupcion, era un estímulo nuevo que los impelia á multiplicar sus desacatos. Observad á *Voltaire*, el padre, el patriarca de todos, que empezó tímidamente aventurando algunas ideas atrevidas, y acabó por vomitar las mas absurdas y perniciosas blasfemias.



Pero es claro, que así él como todos los de su especie proceden de mala fe, porque no hacen otra cosa que proponer dificultades sobre objetos, que por su elevada naturaleza el hombre no es capaz de penetrar, y repetir objeciones mil veces respondidas, y cuyas respuestas no veía el pueblo que se dejaba seducir, pero que ellos no ignoraban. Ved aquí toda su pÉrfida ocupacion: jamas hacen memoria de los irresistibles convencimientos de la fe; jamas hacen memoria de este admirable conjunto de pruebas, que con tanta evidencia y por tantos medios demuestran la verdad de la Religion; y yo, pobre ignorante, les hago un dilema, que quisiera oír cómo le pueden responder.

Venid acá, les diría yo, promotores de la incredulidad; venid vosotros, que os burlais de la fe cristiana y de nuestra santa simplicidad. Decidme, ¿conoceis, ó no conoceis los fundamentos de esta fe? ¿Sabeis por qué motivos creen los cristianos misterios tan superiores á la razon, y practican á tanta costa una doctrina austera y contraria á la inclinacion de sus sentidos; ó no lo sabeis? Si no lo sabeis, ¿por qué os meteis á hablar y burlaros de lo que ignorais? Y si lo sabeis, ¿por qué os deteneis en objeciones incoherentes y desunidas, que no pueden alterar sus fundamentos? ¿Por qué no atacais el tronco? ¿por qué no exponéis á la vista todo el cuerpo del edificio para impugnarle por sus cimientos?

Si el sistema del cristianismo es falso, si teneis medios de echarle por tierra, si vuestras armas son bastante fuertes para derribarle, ¿por qué no os valeis de ellas para combatirle? No hay camino mas seguro para que obtengais esta victoria, y para desengañarnos de nuestras ilusiones, que hacernos ver que los motivos de nuestra creencia son fútiles. ¿Por qué pues no los atacais? ¿Por qué cuando con mas empeño trabajais en desacreditarla, teneis el astuto cuidado de escondernos sus fundamentos? Confesad, que ó sois poco hábiles, si pudiendo mostrar la debilidad de sus pruebas, no lo haceis; ó muy pÉrfidos, si porque conoceis que no teneis fuerza para derribarlas, no las acometeis de frente.

Teodoro no acababa, cuando emprendia sus invectivas contra los filósofos, y animado de un vivo celo los estrechaba y deshacia. Pero cuando llegamos á las cartas en que tu director empieza á dibujar el hermoso y magnífico edificio de la Religion, la eslabonada y nunca interrumpida cadena de hechos, que empiezan con la creacion del mundo, que descienden á Jesucristo y vienen hasta nosotros, probados con tanta evidencia y claridad por monumentos públicos y subsistentes, de que nuestros mayores fueron testigos oculares, y nosotros lo somos por tradiciones incontrastables; entonces su espíritu se elevaba, su corazon parecia dilatarse con la hermosa vista de una composicion

tan bien ordenada como clara, y como si estuviera penetrado con todos los rayos de una luz celestial.

¡Qué concierto! exclamaba, ¡qué armonía! Todo es divino, todo se corresponde, y todo está en su lugar. ¡Quién sino Dios podía hacer una obra tan sublime, en que todo está tan justamente encadenado, y donde nada se contradice? ¡Qué ciego está el que no ve tan brillante esplendor cuando se le presenta á la vista! ¡Ay, Mariano! yo era uno de esos ciegos: los pérfidos filósofos me tenían alucinado; pero gracias al cielo que se dignó de enviarme la luz por estas cartas.

Cuando llegamos á las pruebas de la Resurreccion de Jesucristo, entónces me pareció que se inflamaba con ardor mas activo. Sus ademanes y expresiones me persuadieron que estaba muy penetrado de la evidencia y solidez de aquellas pruebas. Ya habia repetido muchas veces: ¡Insensatos! ¡vosotros creéis que Alejandro conquistó la India, y que César sojuzgó á Roma, porque os lo refieren dos ó tres autores contemporáneos, que lo escribieron á vista de los pueblos, que fueron testigos de estos sucesos, porque lo han creído los siglos posteriores, y porque estas noticias han llegado sin contradiccion hasta vuestros días?

Y vosotros mismos no creéis los hechos de la vida y muerte de Jesucristo, que han sido escritos por tantos autores coetáneos en presencia del pueblo judío y de los mismos verdugos; no creéis sus

milagros que atestiguaron los mismos autores que los vieron, que no han podido negar sus enemigos, y que convirtieron tantos millares de hombres: vosotros no creéis su Resurreccion, aunque sostenida con el unánime testimonio de todos los apóstoles y discípulos que la vieron, y que aseguraron que le habian hablado despues de resucitado; y eran hombres tan santos, que hicieron tambien milagros, con que convirtieron otros innumerables judíos: vosotros no creéis su ascension pública, aunque mas de quinientas personas en medio de los tormentos y amenazadas con la muerte, aseguran haberla visto.

En fin, vosotros no creéis lo que se vieron forzados á creer hombres tan incrédulos como vosotros, y lo que á pesar de su repugnancia natural se vieron obligados á practicar. Vosotros despues de muchos siglos quereis ver mejor que los coetáneos; despues de tantos años quereis juzgar mejor que los que vivian entónces, y que el auditorio sepa mas que los testigos. Pero vosotros que sois tan linceos y que teneis una vista tan larga, decidme: ¡cómo las iglesias cristianas fueron desde luego tan numerosas? ¡cómo pudieron desde sus principios contar en su seno tanto número de fieles, si no habia pruebas que los determinasen, ni milagros que los convirtiesen? ¡Insensatos! ¡mil veces insensatos!

Llegamos al momento en que un director, encendido con el fuego de su celo, se puso de rodillas, y levantando su corazon á Jesucristo, le protestó

nuevamente su fe y adoración, diciéndole: Yo te adoro y reconozco por mi Dios; y cuando tú arrebatado con el mismo sentimiento también te arrojaste y repetiste inopinadamente: *Y yo también:* te confieso, amigo, que la descripción de esta tierna y patética escena me excitó tan viva y enternecedora conmoción, que no fui dueño de mí, las lágrimas me saltaron á los ojos, y me ví obligado á interrumpir la lectura.

Teodoro se puso en pié, y con un tono grave y pausado me dijo: Nunca he leído este pasaje sin haber repetido como el eco, esa tierna y dulcísima palabra. Cuando la leí la primera vez, las lágrimas me inundaron las mejillas, y sentí también un poderoso impulso que me hizo pronunciar estas palabras. Mi corazón y mis labios después las han repetido muchas veces, y me parece que cada vez las pronuncio con sentimiento más íntimo y afectuoso: hasta ahora no se las he dicho más que á Dios, porque no he tenido otro testigo; pero ahora que lo eres tú, tú que eres sacerdote, y que yo respeto como su ministro, se las voy á ratificar en tu presencia. Se puso de rodillas delante de mí; y alzando al cielo las manos y los ojos, dijo: Sí, Jesús adorable, yo también te adoro, y te reconozco por mi Dios y por mi Redentor. Renuevo en presencia de tu ministro los votos de mi bautismo. Hago y haré pública profesión de cristiano: dignate de perdonar mis delitos, y de sostenerme con tu gracia. Tú,

Mariano, ruega por mí, y ayúdame en mis santos deseos.

Este movimiento de Teodoro, y la humilde y bien sentida expresión con que me hizo aquel discurso, acabaron de desatar las fuentes de mis ojos, y anegado en mis lágrimas me arrojé entre sus brazos. Yo dí interiores y muy expresivas gracias al Dios de bondad, que por un milagro de su providencia había enternecido con tanta fuerza á un corazón que yo creía muy altivo y tenaz. ¡Pero qué no puede la dulce eficacia de la divina gracia! Allí hicimos otros muchos discursos, todos relativos á tu situación y la nuestra, y pude observar con mucho gozo mío, que estaba penetrado del dolor más sincero, y muy resuelto á mejorar sus antiguas costumbres. La abundancia de las ideas, y la conmoción de los ánimos no nos permitió continuar aquella noche la lectura, y la reservamos para las siguientes.

En efecto la seguimos sin interrupción, y una de las cosas que me causaron muy viva complacencia fué, que cuando llegamos á las cartas en que nos refieres lo que te había pasado en tu confesión y comunión, Teodoro no cesaba de decir con voz baja, y con un verdadero y profundo sentimiento que salía de lo íntimo de su corazón: ¡Dichoso tú! ¡feliz mil veces tú! ¡quién se viera como tú! y otras expresiones semejantes, que me mostraban cuán viva era la sensibilidad de su alma, y que